

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

El desierto como lógica de la modernidad en la formación de identidades.

Leopoldo Guerrero y Facundo Millán.

Cita:

Leopoldo Guerrero y Facundo Millán (2009). *El desierto como lógica de la modernidad en la formación de identidades. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/462>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El desierto como lógica de la modernidad en la formación de identidades.

Leopoldo Guerrero

Lic. en Ciencias Políticas UBA
Estudiante de la Maestría en Historia IDAES/UNSAM
lguerrero2@hotmail.com

Facundo Millán

Lic. en Sociología UBA
Doctorante del Doctorado en Antropología Social IDAES/UNSAM
Becario FONCYT
facumm@yahoo.com

Introducción: La falta y el eufemismo

«Nombrar las “cosas que están ausentes” es romper el encanto de las cosas que son; es más, es la introducción de un orden diferente de cosas en el establecido: “el comienzo de un mundo”».

Paul Valery

Sostiene Chkrabarty que “la historia es una materia que se preocupa principalmente por la fabricación de narrativas” (1999: 89). Nos ocuparemos en este trabajo de exponer una de las formas de narratividad histórica fundante de la Nación argentina, y en gran medida a su abandono. Nos referimos a la afamada narración del “desierto”, imagen tan utilizada en el siglo XIX para

nombrar aquellos territorios ocupados por indígenas, por cuerpos que no se ajustaban a la naciente y prolífera maquinaria capitalista y a su herramienta de domesticación de poblaciones: el Estado. Desierto, como espacio, como tierra a ocupar. Desierto como cuerpos incontados. Desierto como falta necesaria para la construcción de un “nosotros” Nación poseedor de una completud.

La configuración de la Nación y la estatalidad argentina demandaron un proceso identitario fundante. Ese proceso identitario, forjado a la luz de las ideas liberales europeas y del poder económico de las elites porteñas y provinciales, necesitó, a su vez, de un “otro”, un principio de “distinción” para hablar de un “nosotros” y para otorgarse derechos sobre unos “otros” conquistables. Derecho del conquistador sobre el conquistado. No obstante, “la conquista” constituye ese elemento político indeseado, abominable y aterrador en el que no quiere mirarse ni el Estado ni la Nación, porque es su otro de sí mismo que no es otra cosa que terror. Fundamento de nada y muerte: los padres se develan genocidas y los hijos de la gran Nación “hijos de multivioldadores muertos”¹. La conquista debe ser eliminada, relativizada, aminorada, normalizada en una noción de proceso necesario. Por su parte el conquistado, debe ser más humillado y destrozado que en el campo abierto de batalla. Debe ser así el nómada, el atraso, la barbarie, “la época de los indios” como aquel tiempo al que no se puede regresar. El desierto, así, transita de un arquetipo para la redundancia constitutiva “una nación para un estado, y un estado para una Nación”, hacia a un eufemismo que borra la conquista y la memoria de los conquistados. Y establece un campo de silencio y silenciamiento en que la conquista agiganta sus límites.

Este desierto como imagen, como una imagen-eufemismo, hace a una historia característica y determinante en la constitución del Estado Argentino. Las denominadas “Campanas del desierto” dejaron su impronta sobre este concepto particular. Produjeron, en su cúmulo de atrocidades, la espacialidad de su nombre: campaña al desierto. Nombre que surca los registros de esa historia de libros y documentos, la historia “exterior”, del discurso dominante, que se impone sobre otras “historias”, sociales, anónimas, escondidas, hechas cuerpo, la historia de nuestras relaciones de unos con otros². Por otro lado, una historia íntima del poder en el que él también es un anónimo desnudo y escondido, un cuerpo débil y contingente; cuerpo que no lleva inscripto la función naturalizada y universal de organizar una sociedad (que se adjudica por definición la estatalidad).

¹ Fragmento de un escrito del arte de tapa del álbum “Luzbelito” de Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota; Del Cielito records, 1996.

² Grosso, José Luis. “Las relaciones interculturales en la ciudadanía y la ciudadanía en las relaciones interculturales. Fenomenología histórica de una modernidad social”, Santiago de Cali, 2007

Para profundizar la noción de eufemismo traemos a colación a James Scott, quien señala, retomando a Bourdieu, que la “eufemización” es una característica central en el discurso público de dominación (2000: 78). Su razonamiento, avanza sobre la idea de que “la imposición de eufemismos en el discurso público tiene la misma función que el ocultamiento de muchos hechos desagradables de la dominación y su transformación en formas inofensivas o esterilizadas. Específicamente, su función es borrar el uso de la coerción”³. No obstante, sostiene Deleuze al respecto de Foucault que «el poder más que reprimir “produce realidad” y más que ideologizar, y más que abstraer u ocultar, produce verdad» (Deleuze, 55; 2005). El eufemismo trasmuta la coerción sin que por esto se produzca una ideologización, sino una verdad histórico-política.

Analicemos más de cerca en qué aspectos este eufemismo -un juego tenue de palabras- se volvió la ocupación de un desierto. Antes, habría que marcar al pasar la solidaridad de este eufemismo con otro concepto-(tal vez)-eufemismo: “el progreso”. Era necesario habitar, poblar, sujetar, pues un objetivo superior se hallaba en el horizonte. “El progreso”, se inviste de eufemismo al presentarse como empresa nacionalizante, como un proyecto inclusivo hacia delante, en el tiempo, para lo cual era necesario generar exclusiones, en el presente. Bajo el régimen del progreso hay un “nosotros” que lo conformaban las elites, las familias de la generación del 80, con su modelo de país-espejo de Europa. Estas formaciones hegemónicas coloniales y nacionales en América Latina han hundido en los cuerpos, pliegue sobre pliegue, identidades hechas en la descalificación, estratificación, borramiento y negación (Grosso, 2008). Han hecho de la frontera una herramienta de dominio. Fronteras espaciales y temporales. Fronteras en los suelos y en los cuerpos.

Esta antítesis solidaria entre desierto y progreso, implica la descalificación, a escalas mayores, de un otro que no obstante se construye en este juego de negaciones. La pareja del desierto y el progreso, trae así la extraña boda conceptual entre descalificado y el inexistente. Es así que el desierto es asunto de subjetividad. Los poderes generan sujetos como partes de un todo. El sujeto es producto o al menos un efecto de las relaciones de poder; y es un efecto que es una organización del sujeto y a la vez una disposición como parte de la sociedad. Pero esa organización y disposición está guiada por una puja de proyecciones. Los grandes grupos de poder proyectan organizaciones y disposiciones sobre otras formaciones sociales. Y estas proyecciones, estas guías, no tienen otro fundamento u otro éxito que la inserción de la falta en las movilidades y multiplicidades sociales. Este es otro aspecto fundamental: La falta es el meollo del desierto.

³ Scott, James. “Los dominados y el arte de la resistencia”. Ediciones Era, México, 2000, p. 79

Cuando una elite política llamó desierto a grandes extensiones de tierras que estaban habitadas, estaban fundando una falta. El desierto los “convocaba” porque el desierto es la falta de organización. Pues toda la campaña se vuelve necesaria cuando se la denomina “al desierto”. El desierto es así una invocación a hacer habitar una “organización”, ya que éste por sí mismo no la tiene. El desierto como falta no es otra cosa que llamamiento al orden que no está pero estará. Así como América fue “descubierta”, porque no había nadie que la descubriera hasta que “el” gran ojo europeo fue convocado, el desierto llama a los fundadores porque es un cuerpo de la tierra sin fundamento, una región infundada del mundo. La conquista, entonces, se lava la cara en la verdad misma, o dicho más exactamente, en un régimen de verdad que funda. Así la conquista, la apropiación, aparece como un acto necesario de ocupación sobre lo que nadie se había apropiado.

Por otro lado, el desierto tiene una relación crítica con su imagen de extensión. Una imagen de lo vasto que inunda al pensamiento con su vacío. *Conquistar* el desierto es conjurar esa vastedad que aterra a la mente del devenido conquistador. Paliar la línea infinita del desierto, implica una extraña toma de poder y una consecución compleja en su ejercicio. Identificar o narrar al desierto para definir su curso, es exceder lo narrativo, y tejer un complicado discurso, que ya lo era *antes* y *entre* nosotros. Dice Deleuze de las islas desiertas: “son antes de los hombres o para después de ellos” (Deleuze, 16; 2005b). Al mismo tiempo es el origen radical y absoluto. El desierto es así la falta original. Pero así como la isla desierta que analiza Deleuze nos habla de un imaginario en el que existe una unidad entre la isla y su extraño habitante (casi un no –hombre), para el discurso del desierto es lo mismo, el indígena está unido al desierto; y esta unidad es geográfica. La unidad del indígena con el paisaje adverso, horriblemente infinito y amenazador para el ojo de la conquista. El desierto supone esta unidad imaginaria, en el que otro está sujetado al paisaje. Unidad del significante “indio” al significante “desierto”.

Por esto mismo, nombrar al desierto es fundar esa “unidad” significativa extensa e imaginaria y a la vez empezar a deslindarla. Conquistar al desierto es despedazar esa unidad imaginaria entre el cuerpo de la tierra y el cuerpo del “indio”. Por lo que la conquista, más allá de la batalla, implica la desertización de los cuerpos conquistados. La insondable *extensión* de la tierra y de los cuerpos, constituyen movimientos que resisten al ojo y al lenguaje del conquistador. Por eso la conquista se provee a sí misma de nuevas palabras e imágenes. Primero, la imagen de la unidad entre el desierto y el indio. Toda una geopolítica de la mirada y del habla, que anuncia su futura estratificación y doblegación territorial y corporal. Los desiertos nos recorren en nuestras formas de

nombrar, en los saberes, en nuestra mirada, en infinidad de palabras dichas o silenciadas. Por eso es que también se inscriben en las tierras, en su cartografía simbólica y material.

En suma el eufemismo antes que operar sobre desiertos, hace desiertos. Desertiza. Inventa unos desiertos muy “llorones”, por así decirlo, que no pueden existir sin la madre organización, que no es otra cosa que el Estado moderno y sus instituciones normalizadoras. La falta impuesta llama a una necesidad impuesta y la violencia de los ejércitos realiza su cometido. Aunque lo interesante sería llegar a alcanzar sus nuevas conjugaciones, entendiendo que tal vez en “nuestra” historia de una Nación y un Estado, el desierto no ha dejado de ser un contemporáneo entre las disciplinas estatales y no-estatales.

Los nombres que inventaron al desierto.

Oswaldo Bayer en un escrito publicado en La Habana afirmaba el célebre vínculo de continuidad del poder en la Argentina: “Los golpes de Estado militares fueron un largo correlato de las campañas del desierto.”⁴. Indudablemente, imaginamos la continuidad del poder y denunciemos su actualidad en sus significantes. Y se produce así una familia de significaciones: Roca y Videla se encadenan en una continuidad. No obstante, más que el “largo correlato”, nos interesa pensar en la propagación del desierto como un tipo de poder.

Para eso regresemos a la operación eufemística que habitaba en su nombre. Ya que el nombre, en alguna medida, pasa por una pretensión arquetípica de la cosa. Representar la cosa en un doble movimiento de lo enunciable y lo visible, que nunca escapa al régimen de la pretensión, es decir, de la actualización de la virtualidad que lleva consigo. Todo poder, en términos de Deleuze, es virtualidad, en tanto que es una relación de fuerzas inestable y oscura que se actualiza en alguna formación singular y distintiva. Tenemos entonces un discurso sobre “el desierto”, sobre su extensión, sobre sus ausencias, y por otro lado un visible “la pampa extensa”, de línea de inagotable planicie, recorrida por formaciones sociales “extrañas”. De ahí podemos entender su funcionamiento en el discurso y en lo visible (o en la manera de ver), de cómo el desierto fue un tipo de poder que funcionó en el siglo XIX en la formación del Estado y la organización de la sociedad argentina.

⁴ En “indios y quebrados”, http://www.elortiba.org/bayer2.html#Indios_y_quebrados

Así, “nombrar”, es un tipo de invención impuesta que, no obstante, produce una geopolítica que excede a su nombrador. De este modo, los nombres del pasado darán risa o indignarán algún día. Todo nombre se encontrará con su ignominia, tarde o temprano. Nadie hoy por hoy puede aceptar, al menos en las discursividades públicas, que esos territorios eran desiertos inhabitados. El significante se inscribe en el pasado, y se vuelve fantasmagórico, es decir, acecha sólo como fantasma. En cambio, el desierto prolifera su virtualidad y sus actualizaciones formando un “diagrama” al que no puede llamar-ni significar- ni “campana” ni “conquista”, y mucho menos “desierto”. Porque lo importante en los diagramas ya no son la cadenas significantes en la que se inscriben éstos, sino el proceso que hace proliferar transversalmente las relaciones de fuerzas (efectuaciones de efectuaciones).

Un diagrama precisamente deshace sus enunciados y sus visibles que lo iniciaron, pero este deshacer prolifera sus líneas en las prácticas sociales. Así, Foucault nos habla del panoptismo, que implica ciertos enunciados sobre la cárcel, y un visible que es el panóptico, la cárcel, el prisionero. Estos elementos de discursividad y sus visibles abren paso a otra cosa que su concatenación significativa, todo un tipo de poder que prolonga sus líneas en otros ámbitos (la escuela, el hospital, etc.) produciendo un tipo de sociedad disciplinaria bajo un tipo poder que no funciona más que bajo la forma de un diagrama. En tanto que el poder siempre es virtualidad y sus actualizaciones se ejercen sobre multiplicidades.

En su actualidad ya no importa la ignominia del desierto, su ridículo de espanto. Importa otra cosa: la proliferación y transversalidad que excede su nombre. Importa la geopolítica inmanente que ha trazado en nuestra historia conviviendo con otros tipos de poder (como bien puede ser las perplejidades del tipo de sociedad disciplinaria que se ejecutaron en Argentina). Bajo una economía de recursos distinta, pulida, mucho más austera en su exposición, los dispositivos de poder modernos siguen “nombrando desiertos” y eufemizando desiertos para conquistarlos, aunque no demos con sus viejos significantes y sus visibles. El desierto que antes se conquistaba con las armas hoy se conquista con otros relatos verdad, con la incorporación de conocimientos y formas específicas de estar y ser en el mundo plegadas sobre la estatalidad del poder, acordes a ella. El desierto de hoy también se construye sobre poblaciones, sobre la forma de registrarlas, de cartografiarlas, de identificarlas, sobre la mirada que las vuelve visibles o que las niega. El diagrama se extiende porque los vencidos y sus resistencias también tienen sus presencias y devenires.

La falta colonizadora se inscribe, aunque el desierto hoy sea mala palabra, porque lo importante es su diagrama, que desertiza bajo otros nombres. Sobre todo en una época en que vivimos grandes reivindicaciones y constituciones que implican a las formaciones sociales indígenas bajo la forma del “reconocimiento”, el desierto aparece como diagrama donde fluyen las líneas de la identidad. Ya que no son sólo los ejércitos los que hacen campañas en nombre de la “falta”. Los liberalismos también tienen sus ejércitos no marciales. El arte de desertizar es una tecnología de poder y como tal también circula gracias a sus innovaciones, antes de “dejar de” ser verdad, antes de convertirse en fabulación o ideología. Aún así, somos ecos del desierto, de colonias sobre colonias de una sociedad virtualmente unificada.

Desertizar el reconocimiento

Stuart Hall utiliza el concepto de identidad para referirse al punto de encuentro, el punto de sutura entre, por un lado, “los discursos y prácticas que intentan ‘interpelarnos’, hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de ‘decirse’” (2003: 20). Siguiendo este razonamiento de Hall, las identidades son el resultado de un encadenamiento exitoso del sujeto en el flujo del discurso. Un producto de la intersección entre la posición subjetiva desde la que es convocado y la investidura de esa posición. Articulación entre identidad y e identificación. En palabras de Hall, “las posiciones que el sujeto está obligado a tomar a la vez que siempre ‘sabe’ (...) que son representaciones, que la representación siempre se construye a través de una ‘falta’, una división, desde el lugar del Otro, y por eso nunca puede ser adecuada –idéntica- a los procesos subjetivos investidos en ellas” (2003: 20-21).

Si la idea de identidad es sutura, si se produce con la toma de posición obligatoria frente a los discursos y prácticas que nos interpelan y nos hablan, ¿qué sucede cuando no se produce la articulación supuesta por Hall? ¿Qué sucede si no se sutura la falta? Aquí la idea de desierto, como forma de nombrar al otro no nombrable, no visible a las formas de registro del poder, cobra relevancia. Cuando los discursos y prácticas interpelan y encuentran silencio, cuando la topografía del registro identitario se encuentra con prácticas que no pueden ser asimiladas sin el costo de transformar radicalmente el dispositivo del poder, la maquinaria imprime un nombre para llamar a esa falta, a esa nada (otro todo) con el que se enfrenta. Allí se inscribe el desierto. El poder es asunto de multiplicidad, y la dominación es asunto de reducción, o doblegación, o transmutación de las multiplicidades sociales y políticas en determinada producción de sujetos o estratos sociales.

Y es así como entendemos al Desierto, como una producción de subjetividad basada en cierta producción de un Otro, que implica al mismo tiempo un deslinde de ese Otro, para producir una situación de fronteras espacio-temporales, produciendo otra soberanía o estratificación de una soberanía (la de la mismidad de un Estado que antes de la campaña sólo era una proyección). El Desierto implica la soberanía de un Estado, pero la excede y contemporiza con ella. Se trata de dos tipos de diagrama. “Nuestro” Estado no ha podido producir su diagrama moderno de estatalidad más que mezclando los diagramas de soberanía y disciplinabilidad con los de Desierto. La sutura es sólo la actualización de esos diagramas en permanente inestabilidad. El desierto es diagrama completamente abierto, que no se cerró en el siglo XIX, en el flujo de sus fantasmas dementes.

Las subjetividades indígenas encuentran sus nuevas cartografías sobre esos diagramas. Son los poderes los que intentan conjurar las resistencias con sus propios signos. Concatenan esas tradiciones (sus significantes), y producen subjetividades como partes sujetadas de ese todo bajo nuevos regímenes cartográficos (los poderes así recuperan nombres y establecen mapas indígenas). Mientras extienden los diagramas de poder sobre las conductas de ese “otro”, eternamente resistente, pero conjurable.

No obstante, es función de las resistencias políticas el hecho de construir sus cartografías y diagramas. Muchas veces partiendo de los diagramas oficiales, destruyendo sus estratificaciones en sus significantes. Ya que en términos foucaultianos el poder nunca es un estadio cerrado o de paz.

Bibliografía

- Chakrabarty, Dipesh "Historias de minorías, pasados subalternos", en Revista *Historia y Grafía*, N° 12, 1999, pp. 87-111.
- Deleuze, Gilles, *Foucault*, Editorial Paidós, Buenos Aires 2005.
- Deleuze Gilles, *La isla desierta y otros textos*, Pre-textos, 2005b.
- Foucault, Michel, *Defender la sociedad*, FCE, 2006.
- Grosso, José Luis, Luchas Interculturales y políticas del conocimiento. La infrahistoria poscolonial de la educación. Publicado en CÁTEDRA ESTANISLAO ZULETA DE LA UNIVERSIDAD DEL VALLE. Universidad y Sociedad. Universidad del Valle, Santiago de Cali 2008 (en imprenta).
- Grosso, José Luis, "Las relaciones interculturales en la ciudadanía y la ciudadanía en las relaciones interculturales. Fenomenología histórica de una modernidad social", Santiago de Cali, 2007
- Hall, Stuart: "Introducción: ¿quién necesita 'identidad'?", en Hall, S. y du Gay, P. (comp.): Cuestiones de identidad cultural, Buenos Aires, Amorrortu, 2003: 13-38.
- Scott, James. "Los dominados y el arte de la resistencia". Ediciones Era, México, 2000.